

me y frío de la eternidad, donde se forma y de donde cae la avalancha, ¡ese rayo de nieve! En torno de esas cimas se ve reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo...

»El lago Léman me sonrío con su frente de cristal, espejo profundo en que las estrellas y las montañas reflejan la calma de su aspecto, sus elevadas cumbres, sus variadas tintas... La presencia del hombre se deja aun sentir aquí demasiado para que yo pueda abandonarme á la contemplación del grande espectáculo que se ofrece ante mis ojos... Pero pronto la soledad despertará en mi alma pensamientos ocultos...

»Huir de los hombres, no es odiarlos... No todo el mundo ha de haber nacido para agitarse y trabajar con ellos...

»Yo no vivo encerrado dentro de mí mismo... Yo me identifico con todo lo que me rodea. Las altas montañas despiertan en mí cierto sentimiento... pero el tumulto de las ciudades me sirve de suplicio. Lo único que encuentro yo odioso en el mundo es esto de ser uno á pesar suyo uno de tantos anillos de una cadena carnal; el ver que se le señala un puesto entre las criaturas de su misma especie, cuando se tiene un alma que podría volar y confundirse, no sin fruto, con los cielos, los montes, las estrellas ó las agitadas llanuras del Océano!...

»¡Limpio y tranquilo Léman! Tu lago, contrastando con el mundo tempestuoso en que siempre he vivido, me dice con su silencio que cambie las turbulentas aguas de la tierra por una fuente mas pura. La vela de esta pacífica barca es como un ala silenciosa sobre la cual puedo alejarme de la desesperación. Hubo un tiempo en que yo amaba los mugidos del Océano furioso; pero hoy tu dulce murmullo me enternece como la voz de una hermana que me echase en cara el haber corrido demasiado tiempo detrás de sombríos placeres.

»Ya descende la noche silenciosa; y desde tus orillas hasta las montañas, todos los objetos se envuelven en el crepúsculo...»

Pero ¿á dónde voy á parar? digo yo, pecador de mí.—Si obedeciese á mis inclinaciones, seguiría traduciéndoo á lord Byron hasta el fin de su poema, con lo que ganaríais mucho mas que con mi prosa desbarajustada.

Mas, como decia mi poeta, ya ha anochecido, y nosotros tenemos que madrugar mañana para emprender la marcha á Chamounix.

Vámonos, pues, al hotel y despedámonos por ahora de Ginebra, acariciada dulcemente por su lago; de Ginebra, esmaltada de luces de gas, que se reflejan en sus aguas, á la manera que los ojos de la amada se retratan en los del amante; de Ginebra, que empieza á sosegar y á callar, como un niño que se duerme; de Ginebra, que yace cobijada en las tinieblas de la noche...

Entre tanto ¡oh maravilla! aun es de dia en la cumbre del *Mont-Blanc*, cuyas eternas nieves veo desde aquí teñidas de carmin y oro por las últimas luces de la tarde...

¡Oh con qué impaciencia espero el día de mañana!

III.

Saboya recién anexionada á la Francia.—Tipos y costumbres.—Arcos triunfales.—Los Alpes.—¡El Mont-Blanc!—Chamounix.—Donizetti.—La noche y la nieve.

A la siguiente mañana, á eso de las siete, ocupábamos ya Iriarte y yo la *banqueta* de una enorme diligencia, que, con ser tan enorme, no había recludo mas pasajeros que nosotros dos.

Habíamos elegido aquellos asientos, en que se va completamente al aire libre, por ser los que disfrutaban de mejores vistas.

Nosotros viajábamos *para ver*.

El día había amanecido frío y nebuloso; pero el mayoral nos aseguró que saldría el sol y llevaríamos un tiempo magnífico.

En cambio, el dueño del hotel nos anunciaba que hacíamos un viaje inútil; pues los alrededores de Chamounix se hallarian intransitables, los Alpes inaccesibles, y por consiguiente, cerrados por aquella parte todos los caminos de Italia.

Y yo opinaba que el mayoral de la diligencia era optimista, porque su interés estaba en que hiciésemos el viaje, y que el dueño del hotel era pesimista, porque deseaba retenernos en su casa.

Partimos, pues, á la buena de Dios.

La jornada había de ser de diez y siete leguas... De ellas, la diligencia recorrería solo once, ó sea hasta *Sallanches*. Allí nos trasladaríamos á otro coche mas ligero, acomodado á las pésimas condiciones del resto del camino.

A una legua de Ginebra, poco mas allá de *Chêne*, pasamos la frontera saboyana.

Algunos meses antes hubiérase dicho que acabábamos de entrar en Italia; pero despues de la cesion famosa, al atravesar aquella línea, no hacíamos sino volver á penetrar en Francia.

Pocos momentos despues llegamos á *Annemasse*, en donde se encontraba antes la aduana sarda.

A la sazón no había allí aduana ninguna.—Las leyes francesas no debían regir en la Saboya hasta el 1.º de enero de 1861.

Desde luego eché de ver y contristaron mi ánimo la soledad y el silencio que reinaban por todas partes, el abandono en que se hallaban los caminos y los campos, y la suma pobreza que denotaban todas las obras del hombre al lado del lujo y poderío de una naturaleza esplendorosa.

Y es que en aquella naturaleza todo era pompa y magestad; pero de ningún modo riqueza y abundancia, — asemejándose en esto á los dominios de aquellos hidalgos de las edades pasadas, que poseían un grandioso castillo, vistosos trajes y ricas armaduras; pero que carecían de un palmo de tierra que les asegurase los garbanzos cotidianos.

Sin embargo, no toda la miseria de Saboya debe atribuirse á la madre tier-

ra. También consiste muy principalmente en las vicisitudes por que ha pasado aquel Estado, que en lo que va de este siglo ha sido ya dos veces francés, sin haberse podido llamar nunca verdaderamente italiano. Consiste además en el olvido en que el próspero Piamonte ha tenido siempre estas montañas, cuna de su nacionalidad y de su dinastía,—que allí son una misma cosa. Consiste por último en la índole apocada de sus actuales hijos, y tal vez en la falta de recios capitales, razones ambas por las que no se aprovechan en fábricas y otras industrias tantos saltos de agua y tantas primeras materias como se encuentran en aquellos salvajes montes.

A poca distancia de *Annemasse*, distinguimos á lo lejos, al pié del azulado Jura, el precioso pueblo de *Mornex*, en donde pasa el verano la gente acomodada de Ginebra.

Aquel era como el último suspiro de la vida social, del movimiento europeo, de la brillante civilización que aun no ha penetrado en el corazón de la Saboya.

En adelante solo vimos castillos en ruinas, miserables aldeas que nos parecían despobladas, sendas que no pisaba nadie, prados en que no pacía ganado alguno...

Hubiera dicho que la Saboya era una casa deshabitada, de donde había salido el antiguo morador, y en la que iba á entrar un nuevo inquilino.

Y para mayor melancolía, el antiguo morador se había dejado olvidada alguna *Cruz de Saboya*, ora en un porche que fue portazgo, ora en una casa que fue alcaldía, ora en el escudo de armas que adornaba la fachada de una iglesia...

En cambio, encontrábamos á veces, á la entrada de miserables pueblos, ó en los más selváticos parajes, algunos arcos de triunfo, contruidos con ramas y flores, y adornados con banderines franceses.

Por debajo de aquellos arcos habían pasado pocas semanas antes Napoleón y Eugenia, de camino también para el Mont-Blanc.

Pero ya empezaban á caerse, deshechos por el viento y por la lluvia de los últimos temporales.—Las flores y las ramas estaban secas.—Las banderas yacían por el suelo.—Todo esto era triste como los salones en que ha habido baile, vistos á la mañana siguiente y con la luz del mediodía.

Al pasar nuestra diligencia bajo uno de aquellos arcos, el mayoral tarareó vagamente un canto parecido al *Ranz des Vaches* de los suizos, y parecido también, sin que esto sea imaginación mía, al canto que *Pierotto* se acompaña con la gaita en *Linda de Chamounix*.

El mayoral era saboyano.

No bien lo supe, trabé con él conversacion.

Era el momento de aprender más historia y más política que enseñan los libros y los periódicos.—Yo necesitaba saber á qué atenerme respecto á la anexión de Saboya á la Francia por medio del sufragio universal.

Contra lo que esperaba, el auriga era partidario sincero de la anexión.

—Esto es Francia, me dijo. Nosotros hablamos el francés; nosotros emigráramos á Francia cuando nos iba mal en nuestro país; á nosotros no se nos ocur-

rió nunca emigrar á Italia. Entre Italia y Saboya se levantan muy altos montes, colocados allí por Dios para separar á dos pueblos; y de Saboya á Francia no hay más que un paseo. Por otra parte, Víctor Manuel nos tenía olvidados, y más pensaba en lo que no era suyo, que en lo que le encomendaron sus padres, nuestros señores. En cambio, Napoleón hará de nuestro país uno de los más ricos departamentos de la Francia. Solo nos duele que nuestros hijos hayan de servir como soldados en una nación cuyo gobierno es despótico. ¡Oh! nosotros preferiríamos verlos alistados en el ejército de la libre Italia. Pero ¡cómo ha de ser! No se pueden reunir todos los bienes en una hora.

Estas palabras del pobre mayoral despertaron muchas ideas en mi mente.—Primero me recordaron á aquellos despreciados saboyanos, especie de gallegos de París, que se emplean en limpiar chimeneas, en vender libros á domicilio y en hacer comisiones á medio franco la carrera. Luego pensé en su fama universal de honrados, de amantes de su país, de humildes y fieles servidores. En seguida consideré que aquella desgraciada raza era el degenerado resto de los terribles montañeses que, acaudillados por sus condes ó por sus duques, desde Humberto *el de las manos blancas*, fundador de su dinastía, hasta Emmanuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintín, batieron á los franceses en muchas ocasiones, conquistaron ciudades y reinos, y eternizaron su nombre en la historia. Y me complací, por último, en recordar que el suelo que yo recorría en aquel momento había pertenecido á España, como tantos otros que debía recorrer; y que aquel Emmanuel Filiberto y aquellos soldados suyos tan famosos sirvieron á las órdenes de Carlos V y de Felipe II, cuya dominación prefirieron siempre á la de los reyes de Francia...

A todo esto, la diligencia avanzaba y el país se embellecía cada vez más.

En el fondo de la sucesión de valles por donde serpentea el camino, se levantaba ya una imponente montaña, como primera avanzada de los Alpes.

Era la *Pirámide de Mole*,—que se eleva 5.745 piés sobre el nivel del mar.

El sol había roto la niebla. La soledad empezaba á gemir con la melancólica voz de las aguas; y de allá muy lejos llegaban sordos y profundos rumores, que todavía hubieran podido confundirse con los bramidos del viento encerrado entre montañas, si la atmósfera no hubiese estado inmóvil y como estática ante la hermosura del astro rey.

Aquellos solemnes y lejanos ruidos provenían de las cascadas, de las *avalanchas* ó desprendimientos de nieves, y de otra cosa que ya nos saldrá al encuentro muy pronto.

¡Oh misterio de los montes!—Estábamos á pocas leguas de animadas, florecientes y bulliciosas capitales, y nos parecía hallarnos á mil leguas del mundo, quiero decir, del siglo; del gran movimiento humano; de la Europa civilizada.

Llegamos á *Contamina*.—En esta aldea, como en las demás que nos salían al paso, casi toda la población se componía (¡singular contraste!) de pastores y relojeros.

Y allí, como en todas partes, la gente, aun la mas acomodada, se quitaba el sombrero al ver pasar la diligencia, y nos saludaba con gravedad.

Pero si el que saludaba era pobre, y casi todos lo eran, alargaba hácia nosotros el sombrero que se quitaba, pidiéndonos limosna con una mirada tristísima, un humilde ademán ó una fúnebre sonrisa.

Y no creais que esta limosna la pedian solamente mendigos que vagaban por las calles...

Familias enteras, agrupadas en la puerta de sus casas, tendian las manos á un mismo tiempo, murmurando no sé que oracion.—Los que se hallaban á la ventana, pedian desde la ventana.—Yo recordaré siempre que un niño dejó el pecho de su madre, y estendió hácia nosotros su manecita en que no' cabia una moneda.—Las jóvenes, que volvan con agua de la fuente, dejaban el cántaro en tierra y hacian la misma demanda. ¡Todo el mundo pedia!

Pero nadie instaba.—Hubiérase dicho que cumplieran una promesa, hacian una mera manifestacion de su estado, ú obedecian fatalmente la ley de su destino.

Hacia calor. La carretera habia entrado en un fértil valle muy estrecho, que solo visita el sol durante cuatro ó cinco horas diarias. Por en medio de él corre el *Arbe*, impetuoso rio, cuyas tremendas inundaciones han sido siempre el azote de la comarca.

Así caminamos hasta *Bonneville*, capital de provincia, sentada al pié de otro gigante, que no escede sin embargo en altura á la *Pirámide de Mole*.

Nosotros entramos en la ciudad por un hermoso puente construido sobre el *Arbe*, cerca de una alta columna, levantada en honor de Carlos Félix de Cerdeña y coronada por su estatua.

Este monumento atestigua la gratitud de los habitantes del valle á aquel grande y memorable rey, por las magnificas obras que construyó para preservar á *Bonneville* de las inundaciones del *Arbe*.

Aquí ya empezó á llamar nuestra atencion un raro fenómeno á que debíamos acostumbrarnos por último.—Hablo del *goitre* ó gran papera que afea á mucha parte de los habitantes del centro de Saboya.—Dicese que esta superabundancia de papada proviene de beber un agua que no es sino nieve recién derretida: ello es que abunda mas en las mujeres que en los hombres, y contribuye á infundir en el ánimo del viajero una honda conmiseracion hácia los hijos de aquella helada naturaleza, conmiseracion que sube de punto cuando se conoce á los *cretinos* del *Valais*, de que ya hablaremos.

Entre tanto el país llegaba á un inconcebible grado de hermosura. El pino especial de aquellos montes empezaba á bordar el gracioso abanico de sus ramas horizontales sobre las laderas tapizadas de nieve. Las cascadas, cada vez mas caudalosas, se desprendian de los flancos de las peñas, velando el sol con sus nítidos encajes, lo que producía una y cien veces el *arco-iris*,—rutilante pluma de colores, enredada en la blanca pluma de las aguas gallardamente supendidas en el aire. Los verdes prados, en fin, veíanse como esmaltados de rubias vacas, que

pacian á la sombra de oscuros árboles frutales y á la márgen de cristalinos arroyos, componiendo cuadros tan graciosos é inocentes, que parecian el verdadero original copiado por la musa bucólica de todos los tiempos, desde Ruth hasta Theócrita, desde Virgilio hasta Garcilaso.

Mas allá de *Balme*, donde media el camino, nos sorprendió extraordinariamente ver dos cañones á la puerta de una casa rústica.—Hallábanse montados sobre sus cureñas y como amenazando al que llegase.

—¿Qué significa eso? preguntamos al conductor.

—Esos cañones, dijo este, son de un pobre hombre que se gana la vida con ellos.

—¡Dios de Israel! ¿Y de qué modo?

—Es muy sencillo. Las montañas que cercan este paraje producen unos largos y repetidos ecos que los viajeros gustan de oír. Si ustedes quieren, pueden pagar algunos cañonazos, á medio franco cada uno, y juzgarán por sí mismos si la cosa tiene verdadero mérito.

—Pues que dispare en seguida, si esto no ha de espantarnos los caballos.

—Descuiden ustedes. Están acostumbrados.

Entonces apareció un campesino, que maldito el aire que tenia de artillero, y puso fuego á una pieza.

La detonacion fue espantosa; y como si ella hubiese dado la señal de una batalla, siguiéronla otras muchas, que resonaban á lo lejos simultáneamente, atronando los montes, prolongándose de eco en eco y volviendo á arreciar cuando parecia que iban á extinguirse, hasta que por último se fueron apagando en la distancia al modo de una tempestad que se aleja.

Lo menos cinco minutos duraria al estruendo del primer cañonazo.

Mandamos disparar el otro, y partimos. Aquello era maravilloso. Hubiérase dicho que los Alpes estaban ocupados por un ejército que hacia jugar en aquel instante toda su artillería.—Iriarte y yo creíamos encontrarnos en Sierra-Bullones, en medio de uno de aquellos combates que tan caros costaban á los marroquíes.—La ilusion era completa.

Poco despues de *Mayland*, y en una estrecha garganta formada por altísimos peñascos verticales, nos esperaba otra sorpresa; y era un rio ¡todo un rio! que brotaba por la hendidura de una roca, como si Moisés la hubiese tocado con su milagrosa vara. El sabio *Saussure*, que conocia los Alpes como nadie, opina que este rio es una filtracion del lago de *Flaine*, que se encuentra allá en la altura, á cuatro mil cuatrocientos piés sobre el nivel del mar, como si un genio lo hubiera subido allí para mirarse á solas en sus ignoradas aguas.

No lejos de este prodigio, se alcanza á ver la famosa cascada de *Arpenaz*.

En ella, como en otras que ya habiamos encontrado, advertí que el caudal de agua que se desprende de lo alto, no llega ni con mucho al suelo, sino que se deshace en el camino, convirtiéndose en una especie de tamo ó niebla, que humedece luego una gran superficie del valle, y forma en él mil y mil endebles

arroyos, que poco á poco van amasando de nuevo el mismo potente rio que se habia desvanecido en la atmósfera...

Supongo que nadie ignorará la razon física que determina este fenómeno, y por consiguiente no la esplico. Pero como la imaginacion no entiende de semejantes razones, resulta que no puede uno ver sin asombro y pasmo aquel agua colgada, aquella gran estalactita líquida, aquella corriente furiosa que se precipita bramando desde lo alto de una peña, y que enmudece en el espacio y se trueca al fin en silencioso rocío, que ni siquiera tiene fuerza para doblar una espadaña.

Pero los Alpes crecen.—Ya distinguimos cumbres de ocho mil cuatrocientos treinta y cinco piés de altura.

Son las *Agujas de Varens*.

Las escarpadas puntas que forman sus cúspides, brillan al sol como plateados capiteles.—Aquella nieve tiene tantos años como el mundo.

Pasa una hora. Los montes se apartan, abriendo un nuevo valle, por en medio del cual se enseñorea un rio.—Todavía es el *Arbe*.—Y todavía se ven en torno suyo indelebles vestigios de sus estragos.

En medio de este valle se encuentra la aldea de *San Martin*.

Antes de llegar á ella, el conductor os indica con un ademán que mireis al lado izquierdo...

Por la abertura que dejan dos montañas cubiertas de negro bosque, se alcanza á ver una lejana cima de una blancura deslumbradora...

Vosotros la conoceis ya, como yo la conocí al momento.—Ayer la vimos desde el lago de Ginebra, y hace mes y medio desde Macon.

Es el *Mont-Blanc*.

Todavía distamos de él siete leguas. Pero no nos impacientamos. Ya es seguro que esta misma noche dormiremos al pié del gran coloso. El valle de Chamounix ha vuelto á estar transitable.

Al salir de *San Martin* perdimos de vista aquella redonda cumbre, que era como el polo de nuestro viaje, y ya no la volvimos á percibir hasta que llegamos á *Sallanches*.

Allí se la veía tan distintamente, que parecia tocarse con la mano; y sin embargo distaba cuatro leguas en línea recta, y seis, contando las revueltas del camino.

En *Sallanches* dejamos la diligencia y entramos en una especie de cabriolé tirado por dos caballos.

Ibamos á empezar á subir.

En aquel momento nos hallábamos á mil ochocientos sesenta y un piés sobre el nivel del mar.—En once leguas solo habíamos subido setecientos piés.

Muchos viajeros comen en *Sallanches*; pero nosotros preferimos dejarlo para *Chamounix*.—Llevábamos algun retraso, y no queríamos que nos anocheciera antes de penetrar en el corazón de las montañas.

Marchamos, pues.—El país en que entramos conservaba las huellas de atro-

ces terremotos. A la derecha dejamos los renombrados baños de *San Gervais*, en que siempre hay por este tiempo algunas familias españolas. Estos baños están escondidos en el seno de un monte sumamente feraz y pintoresco, y son, al decir de los que los conocen, uno de los parajes mas deliciosos del mundo.

A poco de pasar por en frente de ellos, nuestro viaje empezó á ser una penosa ascension por escabrosas y retorcidas cuestas.

Habia llegado el momento del asalto. Teníamos que subir otros mil quinientos piés para llegar al valle de *Chamounix*, que con estar tan alto, no es sino el pedestal del gigante.

En *Servoz* nos vimos obligados á echar pié á tierra; pues los caballos no adelantaban casi nada. El suelo empezaba á estar helado.

El cochero, que habia previsto todas estas contingencias, nos proveyó de unos recios bastones terminados en agudas puntas de hierro.

El camino flanqueaba un monte cubierto de pinos, que á veces formaban una bóveda sobre nuestra cabeza. Este monte se levantaba á nuestra izquierda casi perpendicularmente; y á nuestra derecha, por el contrario, abriase un hondo abismo en que rugian torrentes y cascadas.

Todo era ya aterrador en aquella monstruosa naturaleza; y cual si se hubiese querido advertir al viajero los riesgos que podía correr mas adelante, veíase sobre el camino un sencillo monumento, erigido al poeta *Eschen*, que murió en 1801 al tratar de subir á una de las vecinas eminencias.

Las cumbres que nosotros salvábamos en aquel instante se llaman *les Montets*, y eran ya el último obstáculo que se levantaba entre nosotros y el *Mont-Blanc*.

Mucho tiempo hacia que reinaba la noche en los hondos valles; y en el camino que nosotros seguíamos empezaba tambien á oscurecer; pero el sol doraba todavía las blancas cimas que asomaban á lo lejos...

La tarde era tranquila, solemne, magestuosa. Nosotros andábamos en silencio, escuchando absortos los augustos rumores de aquella soledad sublime. La cuesta se presentaba cada vez mas áspera...

Finalmente, despues de mucho bajar y subir, y de subir siempre mucho mas que bajábamos, llegamos á una alta cima; hizo el camino una revuelta, y lanzamos los dos un grito de asombro...

El valle de Chamounix acababa de aparecer ante nuestra vista; el *Mont-Blanc* se levantaba sobre nuestra frente; toda la cordillera nos rodeaba; la nieve nos desvanecía...

En el valle era de noche.—¡Todo yacía en las tinieblas, menos los helados titanes!

La luz del sol, que ya no veía nadie en Europa, circundaba las sienas del viejo rey con un turbante de rosa y oro. Su blanca túnica resplandecía como el cristal, ofreciendo un desierto de nieves que empezaba en el valle y terminaba mas allá de las nubes... Las nubes ceñían su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguía desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.

Nada mas se veía. Ya era tambien de noche en el cielo. La tierra y el espa-

cio habian desaparecido en la oscuridad... ¡Y aun se percibian claros y distintos, en medio de las tinieblas, aquellos colosales fantasmas, aquellos blancos espectros, que absorbian toda la claridad de estrellas y del agonizante crepúsculo, cual si



La Mar de Hielo.

brillasen con no sé qué luz propia, que infundia en nuestras almas un instintivo miedo!

Lo cierto es que habíamos llegado tarde al valle de Chamounix; pero también es verdad que yo me alegré mucho de ello; pues ninguna impresión más grande

ni más fantástica podía producir el *Mont-Blanc*, que la que causaba en medio de las sombras de la noche.

—Tiempo tenemos mañana, nos dijimos Iriarte y yo; desde que salga el sol hasta que se ponga, para ver en su realidad esas cumbres y admirar de cerca los *glaciers*, la *Mar de Hielo* y todo lo demás que encierra este valle.

Y como el cabriolé acabase en aquel momento de subir la cuesta, y hacia un frío que nos penetraba hasta los huesos, montamos en seguida, y continuamos hacia *Chamounix*.

Media hora después estábamos en la patria de *Linda*.

Chamounix es una misera aldea, compuesta de pobrísimas casas, en medio de las cuales se levantan cinco ó seis palacios, que contrastan vivamente con el resto de la población.

Estos palacios son *hoteles* de primer orden, de cinco ó seis pisos cada uno, donde se encuentran todas las comodidades que se exigirían en un hotel de París.

Nuestra llegada al lugar fue todo un acontecimiento.

—¡Ingleses! ¡Ingleses! empezaron á gritar los chiquillos.

Y todas las puertas y todas las ventanas de las casas rústicas se cuajaron de cabezas curiosas.

Chamounix no tiene más riqueza que el *Mont-Blanc*, ni otra industria que exhibirlo á los ingleses.

La denominación de *ingleses* comprende á todos los que viajan por placer, aunque sean patagones ó kalmukos.

Los habitantes de *Chamounix* pasan el invierno labrando baratijas de madera, haciendo bastones como los que nosotros habíamos adquirido, engordando vacas, echando pienso á los mulos y esperando á que llegue el verano.

No bien llega el verano, *Chamounix* se llena de *ingleses*, y todos los habitantes del valle se convierten en *guias*, y todos los mulos encuentran quien los alquile para subir á los montes, y las vacas dan leche y queso, y sus tiernas hijas se truecan en chuletas ó *beefsteack*, y todas las manufacturas del invierno encuentran salida, y el oro inglés cae como el maná sobre la comarca.

Pues bien, considerad ahora qué el verano aquel había sido tan fresco y tan húmedo que no habían acudido al valle ni la cuarta parte de ingleses con que contaban sus moradores; considerad que iba ya una semana de no aparecer un solo viajero por aquellos contornos, lo cual había hecho que muchos dueños de hotel diesen por cerrada la temporada; considerad, en fin, que todo aquel día habían estado esperando inútilmente que el cambio de tiempo les llevase algún *touriste* que desollar, y comprendereis el efecto que produciría nuestro carruaje al aparecer en las calles de *Chamounix*.—Nosotros éramos el ramo de oliva que llevó la paloma al arca de Noé, en señal de que las aguas habían bajado.

En el *Hotel Real de la Union*,—el único que quedaba abierto,—nos recibieron con tanto agasajo y tan profundas cortesías, que temblamos por nuestra bolsa. Pero también es verdad que nunca nos hubiera sido tan grato dar un rei-

no que tuviéramos, por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agoviábamos, si el hambre ó el cansancio, si el frío ó la gana de dormir. Poco tiempo despues nos convencimos de que lo que más teníamos era un hambre deliciosa.

Con que hagamos alto por ahora en nuestra relacion, y dejemos hablar á los apuntes de mi *libro de memorias*, escritos con lapiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.—Esto no podrá menos de prestar á veces mayor interés y movimiento á la presente obra.

Mi cartera de viaje dice así :

.....

Chamounix.—Hotel royal de l'Union.—16 de octubre de 1860.

Hé nos en el Mont-Blanc, en la patria de la nieve, en el imperial alcázar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.—*Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres que no pueden separarse.

Quizás en este mismo instante, (son las nueve de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del teatro Real, y oyen las tiernas y graciosas melodías del sublime loco de Bérgamo, en las cuales se encierra toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza que vive en ellos.

¡Donizetti!—Este nombre me lleva mucho más lejos. Llévame á Sierra-Nevada, á aquellos Alpes de Andalucía, donde yo he pasado la niñez, viendo á todas horas las nieves del *Mulhacen* y del *Velela* perdidas en el azul del espacio; y donde arrullaron mi cuna los cantos de *Lucía*, de *Linda* y del *Furioso*, haciéndome soñar todo lo que despues me ha sucedido,—sin escluir este viaje.

¶ Pero ¿qué es mi pobre *Mulhacen* comparado con el *Mont-Blanc*?—Colocad sobre la cúspide de Sierra-Nevada otra sierra de 4,900 piés de elevacion, y tendreis la cumbre del Monte Blanco.

Lo que si es verdaderamente delicioso es encontrarse como yo me encuentro en una abrigada habitacion, al amor de una cariñosa chimenea, en frente de una humeante y regalada mesa en que no falta el confortante mosto, á la vista de una mullida cama, y al lado de una escogida biblioteca, y pensar al mismo tiempo en el frío que hará en este instante fuera del hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neveras, en el penoso camino que hemos traído para llegar hasta aquí, y en que por esa ventana se ve el Mont-Blanc desde su base hasta su cima.

Yo comprendo perfectamente que un hombre disgustado del mundo ó afligido por una profunda pena, se pasase todo un invierno en esta soledad, sin otro espectáculo que la nieve, fatigando su cuerpo durante el día por esas heladas cumbres y viniendo á descansar á la noche en esta abrigada habitacion, donde tantas y tan buenas cosas podrían pensarse y escribirse.

Pero escuchemos...

Una larga detonacion, semejante á la de un trueno próximo, retumba sobre nuestras cabezas...

Es un alud que se desprende de lo alto, acreciéndose en su camino ó partiéndose en mil fragmentos, que vuelven á engrosarse y á dividirse...

¿En dónde caerá la *avalancha*?—¡Ay de la cabaña, ay del puente, ay de los árboles que encuentren en su camino las colosales bolas de nieve!

Sirvan de garantía á nuestra tranquilidad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningun alud haya caído sobre ellos, y durmamos con confianza...

Seguridades tan relativas como estas, nos hacen esperar todas las noches que despertaremos al otro día.

La vida es siempre un combate, y la esperanza una temeridad.

Pero antes de acostarnos, dirijamos por la última vez una mirada, al través de esos cristales, al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Hé lo allí!—Ese titán no duerme nunca. Para él no llega jamás la noche.

Hé lo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz, resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones luminosas de los místicos.

Hé lo allí inmóvil, silencioso, eterno...

Verdaderamente, yo concibo que todavía pudiera ser un poco más alto.—La cumbre del Himalaya, sin ir más lejos, tiene 28,000 piés de elevacion, es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*...—Y aun el mismo Himalaya pudiera tener algunos metros más.—Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podría sin grande esfuerzo imaginarlo un poco mayor...

Pero yo no debía revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.

Dice bien el refrán: el que mucho habla, mucho yerra.

IV.

Fisiología del mulo, del jumento y del caballo.—A seis mil piés sobre el nivel del mar.—*La Mar de Hielo*.—Avalanchas.—El Album de la *Flecheré*.—Contemplacion.—Puesta de sol.

Día 17.

Han pasado algunas horas de sueño, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo se halla de paseo, para entregarse libremente á sus asuntos particulares.—¡Vaya un símil!

Las gallinas cacarean á la puerta del hotel. Es cosa de levantarse. El reloj marca las seis.

Abro la ventana... ¡Oh qué día tan magnífico!—El sol argenta la cumbre del Mont-Blanc. El cielo está limpio y azul como en un día de primavera en